





CAPÍTULO XXX

CANÁ

Los disidentes y los protestantes.—La Misión de Armenia.

Hace pocos años todavía, el viajero que visitaba la Galilea buscaba melancólicamente en medio de amontonadas ruinas la mayor parte de los recuerdos evangélicos. Hoy ve elevarse sobre todos estos lugares benditos señalados por los milagros de Jesús, la iglesia y pequeño hospicio Franciscano que vienen á consolar su piedad, á regocijar su vista y á prometerle una dulce y preciosa hospitalidad.

El santuario de Caná pertenecia desde mucho tiempo atrás á los Franciscanos, pero la intolerancia brutal de los musulmanes les había impedido tomar de él posesión efectiva. Mas desgraciadamente, no son solos los discípulos de Mahoma los que se muestran hostiles á las obras católicas en Oriente. Los disidentes son para los frailes Menores enemigos más temibles que los turcos y árabes mismos.

Ellos son, por otra parte, los que despiertan y atizan ordinariamente el fanatismo de los mahometanos contra los guardianes legítimos de Tierra Santa, y los que procuran por los medios más injustos y vergonzosos apoderarse de nuestros santuarios. Este es el papel que desempeñan, así en Galilea como en Palestina, los armenios, y sobre todo los griegos, á los que vienen á añadirse ahora los rusos.

Algunas veces, sin embargo, los herejes de Occidente no muestran mayor respeto á la propiedad ajena. En 1860, los protestantes intentaron hacerse dueños del Santuario de Caná, pero no habían contado con la habilidad y energía del Padre Guardián de Nazaret, que supo hacer respetar sus derechos en la Tierra Santa.

Este Padre, muerto hace algunos años, había nacido, en Génova y se llamaba Gesualdo. Venido muy joven á esta Misión, fué bien pronto una de los sujetos más distinguidos. Perfecto arabista y dotado de feliz pronunciación, los árabes le tomaban por uno de sus compatriotas. Fué sucesivamente Guardián y cura de Alepo, de Nazaret, del Cairo, etc., etc., en cargado de los negocios de la misión en Constantinopla, y muchos años Comisario custodial de Egipto, es decir, Superior de quince conventos Franciscanos diseminados por la tierra de los Faraones.

En todas partes dejó el P. Gesualdo pruebas brillantes de su actividad, celo, inteligencia, amabilidad para con todos y de sus grandes virtudes.

No es este lugar á propósito para referir todo el bien que hizo á Tierra Santa; pero no podemos dejar de decir que él es quien en 1857, siguiendo las tradiciones del Bienaventurado Alberto de Sarteano, abrió gloriosamente la Misión de Armenia, y convirtió el primero en Marasch, á centenares de cismáticos.

En los años siguientes prosiguió el P. Gesualdo esta grande obra, que, continuada primero por el P. Bernardino de Termo, después por el P. Ludovico de Rávena, hoy Vicario y delegado apostólico de Siria, y por otros religiosos de la misma Orden, ha dado y produce aún los más felices resultados. Desde 1857 hasta 1889, los Franciscanos han tenido la dicha de convertir á la fe católica cerca de diez mil armenios gregorianos en la pequeña Armenia, es decir, en las ciudades ó aldeas de Marasch, Zeitun, Genidjeh-Kaleh, Don-Kalek, etc. (1).

Nazatet, que supo fixom respetar sus derechos en

El precio de un Santuario.—Fr. José.—Khartum.—La sala de las bodas. —El escudo de Tierra Santa.

No se sabe aún en Europa á qué precio han sido reconquistados los santuarios por los Padres de Tierra Santa, y qué luchas han debido sostener para tomar de ellos posesión.

Vamos á referir los hechos que han tenido lugar en Caná y en Séforis. Hemos adquirido su noticia de un testigo ocular, que los registró día por día con una fidelidad escrupulosa. Nuestro narrador ha sido el alma de las negociaciones y el director de los trabajos de que vamos á ocuparnos; es un religioso napolitano llamado Fr. José. Dejó temprano su patria, atraído por el gusto de las misiones lejanas. Su primer campo de batalla fué Khartum y los países situados en las riberas del Nilo Blanco, que dejó bien pronto para venir á emplear en servicio de Tierra Santa, su valor, su actividad y los tesoros de su buena voluntad. En sus negociaciones con el gobierno turco mostró ser un hombre superior, hábil, sagaz y perseverante. Jamás diplomático alguno en Occidente ha trabajado tanto para conquistar una provincia á su rey, como este buen religioso para restituir á la Custodia de Tierra Santa los santuarios todos que había poseído en otros tiempos.

Hoy se dedica á hacer surgir de las arenas de Port-Said una grande y hermosa iglesia, tan necesaria para una población numerosa, heterógena, mezclada y diversa, que no podría hallar lazo social fuera de la religión. En pie desde la aurora, él hace de cantero, dirige los obreros y preside al descargo de las embarcaciones que aportan desde la isla de Chipre toda la piedra necesaria

⁽¹⁾ La misión de Tierra Santa es ciertamente, entre las del mundo entero, la en que se han obrado más serias y numerosas conversiones. Bástenos decir que, gracias sobre todo á los Franciscanos, ingresaron en la Iglesia católica los griegos en el siglo xin y siglo xiv. Que á su celo fué debido el nacimiento de la Iglesia Armenia en el Concilio de Florencia. Que los Jacobitas convertidos por ellos en el siglo xvii, han venido á ser los sirios-católicos, y que los coptos unidos les deben también su vuelta á

la verdadera fe, de la que el sucesor de San Pedro es el depositario infalible.

En nuestro siglo, los frailes Menores se han mostrado dignos émulos de los Apóstoles de su Orden que en tiempos antiguos evangelizaron el Oriente. Leemos, en efecto, en una estadística publicada en 1878 por el P. León Patrem, que de 1847 á 1877 han tenido la dicha de recibir más de quince mil abjuraciones. ¡Que esta cifra tan elocuente responda á aquellos que acusan á los frailes de no hacer nada!...

para la construcción del edificio. Ha visto mucho, trabajado mucho, sufrido mucho, obtenido también mucho; y cuando alguno se lastima en su presencia de su pesada carga ó le felicita por sus buenos éxitos, no tiene sino una palabra que responder, y le dice con una convicción que conmueve: «¡Sea todo para la gloria de Dios!»

En 1641 poseian los Franciscanos exclusivamente la iglesia elevada sobre la sala de las bodas que presidió Jesús, y en la que convirtió el agua en vino á ruegos de su Madre. Una sucesión no interrumpida de vicisitudes se la quitó, viéndose precisados hasta á renunciar á la peregrinación anual que jamás dejaban de hacer allí el día aniversario del milagro. Cuando se mitigó algún tanto la persecución y quisieron reconquistar sus usos y derechos, les fué completamente prohibida la entrada en su propio terreno, así por los turcos como por los griegos. En estas circunstancias viéronse precisados á recurrir al gobierno y presentar los firmanes otorgados á favor suyo por la Sublime Puerta. Obtener la ratificación de ellos no era tan fácil; y si durante el efimero gobierno de un bajá se les concedía la paz y tolerancia, pronto le sucedia otro cuya codicia, unida al espiritu acaparador de los griegos, hacían surgir al punto nuevas dificultades.

Hacia el fin del año 1873, algunos paisanos de Caná vieron hecha pedazos una piedra con las armas de Tierra Santa, empotrada en un pequeño muro. Los Franciscanos dieron cuenta del hecho al cónsul de Francia, que informó de él al bajá de Acre suplicándole que se trasladase al lugar mismo. Este, después de haber hallado razones ó pretextos para declinar la invitación del Cónsul, terminó por ceder á las repetidas instancias de los Padres de Tierra Santa. ¿Quién había de creer que por una piedra que no valía un franco debiesen gastar los Franciscanos sumas enormes y un mes de incesante trabajo? Esta piedra era su derecho, su pieza justificativa, el testigo siempre hablando y testificando que las ruinas á las que estaba unido el recuerdo de las bodas evangélicas, les pertenecían.

Supongamos que no hubiesen protestado, que no hubiesen obrado con vigor; los griegos que acechaban el momento propicio y habían destruido adrede la estela, se hubieran apoderado de aquel recinto, pagando al gobierno turco una gruesa

suma para hacer consagrar su usurpación, mientras que los católicos hubieran perdido, quizá para siempre, uno de los sitios más caros para su piedad.

buenos éxitos, no tiene sino una palabra que responder, y le dice con una con vicción que cellhaceve : « Sea tudo para la ela-

Las lluvias.—El sacerdote griego.—El cheick.—El bajá de Acre y el Custodio.

Así quedaron las cosas hasta 1877. Aquel año las lluvias torrenciales del invierno derribaron parte de la fachada de la casa de las *Bodas* que hacía ya bastante tiempo que amenazaba ruina. Los turcos, que se habían opuesto siempre á su restauración, se apresuraron á aprovecharse de las piedras para sus obras. El P. Custodio ordenó que se reconstruyese inmediatamente, recomendando al mismo tiempo que se obrase con prudencia á fin de no llamar la atención de los enemigos.

El momento era propicio, pues todos los paisanos estaban ocupados en recoger sus mieses y en debatir con el fisco la cuestión del diezmo tan inhumanamente exigido. Se dispusieron, pues, todos los materiales para la restauración; se los transportó con extrema celeridad y se emprendió el trabajo con la misma presteza. Todo parecía ir á pedir de boca, cuando Fra Giuseppe, vigía siempre atento, se apercibió de los frecuentes conciliábulos tenidos entre el sacerdote griego y el jefe de los musulmanes del lugar. Sospechando algún complot, resolvió descubrirlo con el dinero, siempre victorioso en este país.

Valiéndose de un pretexto, se dirigió á casa del sacerdote griego, en donde adquirió al punto la prueba de la conjuración que se tramaba. Llamaron al cheick, y consintieron los dos cómplices en no poner obstáculos á la obra, con tal que al terminarse se les diese cierta cantidad. Ellos mantuvieron su palabra, y Fr. José pagó, según su promesa, trescientos francos al musulmán y doscientos al griego.

Pero no quedó aquí terminado el negocio; pues sosegada la tempestad por un lado, estalló inmediatamente por otro.

Viendo los habitantes de Caná que se dejaba obrar á los Franciscanos, sospecharon que sus jefes, antes tan intransigentes, se habían vendido á los católicos. Los denunciaron, pues, á la autoridad turca de Nazaret, prevenida ya de antemano por el patriarca griego. Este telegrafió además al gobernador de Damasco que los religiosos Franciscanos habían usurpado un terreno perteneciente á la mezquita de Caná, lo que ponía á los habitantes de la aldea en revolución. El gobernador ordenó inmediatamente que se suspendiesen los trabajos y mandó al bajá de Acre que fuese á sosegar á los insurrectos.

Cuando llegó el mandato, las reparaciones estaban á punto de terminarse, pues no faltaban sino unos diez metros de pared. Sin embargo, la situación no dejaba de ser grave, y urgía el que los Franciscanos hiciesen valer cuanto antes sus derechos. La gran dificultad consistía en encontrar una persona fiel que conociese tan bien los manejos de los griegos como los de los turcos; pero desgraciadamente en estos países, en donde todo es venal, no basta la linterna del filósofo de Atenas para descubrir un hombre desinteresado. Viendo Fr. José que los negocios tomaban mal rumbo, recurrió al Custodio, suplicándole con instancia que se personase cuanto antes en Caná. El P. Gaudencio de Matelica, aunque agobiado de otros mil negocios, no tardó en acceder á la súplica de su buen súbdito.

Después de dos días de un fatigoso viaje, llegó á Nazaret, en donde fué recibido por el bajá de Acre, que iba á apaciguar la revolución de una tribu sublevada á causa de los nuevos impuestos. El Reverendísimo le mostró al punto los firmanes de la Sublime Puerta, atestiguando que el Santuario de Caná era propiedad de los Franciscanos, á lo que respondió el bajá: «Estoy enterado del negocio, y conozco que no es tal como me lo ha expuesto el patriarca griego. Tan pronto como vuelva á Acre, expediré una orden á favor vuestro.» El Custodio dió las más expresivas gracias á Su Excelencia, y escribió inmediatamente al Guardián del convento de Acre que no diese tiempo al bajá para volverse atrás de su palabra.

Dice el proverbio, que hay gran distancia entre el decir y el hacer, lo que es más verdadero en Turquía que en otras partes, según lo experimentaron los Franciscanos en esta y otras muchas ocasiones semejantes.

A Fr. José, que le daba prisa para que cumpliese su promesa, respondía el bajá que el documento estaba presto, y que lo recibiría el dia siguiente; pero este día nunca llegaba.

Al Custodio escribía que fuese á Damasco, y que allí encontraria el documento en cuestión. Fué el Custodio á Damasco, en donde le recibió el walí con todos los refinamientos de la política oriental; pero cuando expuso el motivo de su visita, el gobernador de la provincia, mostrándose muy simpático por la la causa de los Franciscanos, declaró que no podía hacer cosa alguná sin la atestación del bajá de Acre.

¡Cuántos meses tuvo que esperar el fiel servidor de Tierra Santa antes de recibir la famosa decisión!... Cuando la tuvo al fin en su poder se encontró enfrente de nuevos enemigos y de nuevas dificultades.

con broades panel Alge los griegos como les de

Los tribunales turcos.—El codicioso Effendi.—El Mufti.— El Wali.

Una singularidad de los tribunales turcos es que los abogados no pueden, ni aun en las causas más justas, obtener que se haga justicia sin que algunos agentes habituados á tan vil empleo se encarguen de ver á los jueces hablarles y exclarecer la causa mediante cierta cantidad. Dos individuos fueron escogidos para desempeñar este papel en el asunto de que tratamos; un cierto Mikhail-Effendi, que había manifestado gran celo por la causa franciscana, y un católico latino llamado Agustín Abdallah.

El primero recibió dos mil francos, con los que se comprometió á pagar los escribanos y hacer un presente al walí (gobernador) y el segundo tenía el encargo de tratar con el mufti.

Tomadas estas disposiciones no había sino esperar la reunión de los magistrados. Pero esta reunión nunca tenía lugar; ó porque el tiempo no era oportuno, ó porque no estaban presentes los griegos, ó bien por esperar á que marchasen ciertos adversarios que nunca marchaban, en fin, porque aún quedaban por hacer presentes á éste ó al de más allá. En suma, todo estaba en suspenso.

Entre tanto, pasaban los días, y el Ramadán, esa época de vacaciones casi completas para los tribunales turcos, se acercaba rápidamente. Fr. José, cuya vigilancia jamás se cansaba,